

Rehusemos adorar las imágenes de hoy

por Dennis Largey

La forma de los ídolos puede haber cambiado desde los tiempos de Moisés, pero el principio fundamental —la lealtad a Dios por encima de todo lo demás— sigue siendo el mismo mandamiento.



Al salir de misionero, me quedé en la Casa de la Misión de Salt Lake City antes de partir para Irlanda. Una noche, los élderes que compartían el cuarto conmigo estaban hablando de los motivos que los habían llevado a ir a una misión. Uno de ellos dijo que había estado a punto de no ir, porque no se conformaba con la idea de dejar atrás su auto, que consideraba su posesión más importante; hasta el día en que sintió olor a humo, corrió al garaje y se encontró con que el motor estaba en llamas; aquella pérdida lo llevó a evaluar el orden de prioridad que había dado a las cosas.

El segundo de los Diez Mandamientos que el Señor dio a Moisés fue: “No te harás imagen . . .” (Éxodo 20:4). Aunque este mandamiento se dio originalmente para fortificar a Israel de la idolatría que predominaba en la tierra de Canaán, tiene una importante aplicación a nosotros hoy en día. Es preciso que echemos una mirada a nuestra vida y veamos si estamos haciendo imágenes y adorándolas. A nuestro alrededor abundan los “becerros de oro”, las imágenes tangibles como los autos, y otras que son más intangibles (véase Éxodo 32). Cuando sin motivo dejamos que cualquier cosa domine nuestro tiempo, comprometa nuestra lealtad y nos haga confuso el orden de prioridad, hasta el punto de que Dios y Su obra pasen a ser secundarios, estamos adorando ídolos.

“La frase ‘delante de mi, que aparece en la conocida traducción que dice: ‘No tendrás dioses ajenos *delante de mi* [Éxodo 20:3], proviene de la frase hebrea *al—panal*, que significa ‘enfrente de mi, ya sea que se refiera a excluir a cualquier otro, o con preferencia a, o ‘además de’. El significado es claro: los que adoran al Señor no deben hacer ni adoptar ningún otro objeto de su adoración”¹.

Tanto en el primero como en el segundo mandamientos se nos enseña a no poner nada que esté por encima de Dios en nuestra vida. Por supuesto, damos por sentado que el Señor se complace en bendecirnos con las cosas materiales que necesitemos o que nos den placer. El problema surge cuando adoramos a lo creado en lugar de al Creador. ¿Cuáles son, entonces, las consecuencias de la idolatría moderna, y cómo podemos protegernos del peligro de quebrantar este mandamiento?

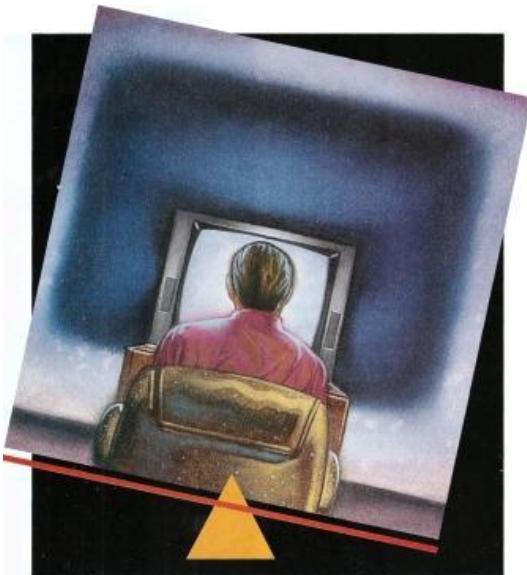
LOS BECERROS DE ORO DE NUESTROS DÍAS

El presidente Spencer W. Kimball escribió lo siguiente: “Desafortunadamente hay millones en la actualidad que se postran ante imágenes de oro y de plata, de obra de talla, de piedra y de barro. Sin embargo, la idolatría que más nos preocupa es la adoración consciente de todavía otros dioses. Algunos son de metal, de felpa y de cromo, de madera, de piedra y de telas. No son hechas a imagen de Dios o de hombre, sino que se elaboran para proporcionar al hombre comodidad y deleite, para satisfacer sus necesidades, ambiciones, pasiones y deseos. Algunos carecen de forma física alguna, antes son intangibles”².

Hice esta pregunta a unos Santos de los Últimos Días: “¿Cómo se aplica en nuestros días el segundo mandamiento?”. Las respuestas que aparecen a continuación son una muestra de las que recibí:

- “Las Escrituras dicen que debemos tener siempre a Dios presente en el corazón. Muchas personas hoy en día se llenan con pensamientos de riquezas, poder y fama, y adoran sus posesiones, amando aquello en lo que no hay vida” .
- “Demasiadas veces nos servimos a nosotros mismos cuando deberíamos estar sirviendo al Señor. No debemos adorar nuestro propio tiempo, una imagen que, en muchos casos, toma el lugar de Dios. Él nos pide que sacrificuemos nuestro tiempo asegurándonos de que Él sea lo primero en nuestra vida y no nuestros propios intereses egoístas”.
- “Por lo que veo, las imágenes que la gente adora son la ropa, los autos, las casas, los pasatiempos y la recreación. Es muy revelador el hecho de que por las mañanas dedico más tiempo a decidir la ropa que me voy a poner que a orar”.
- “En Alma 1:32 dice: ‘...los que no pertenecían a su iglesia se entregaban a las hechicerías, y a la idolatría o el ocio...’ Este concepto es algo en lo que nunca había pensado: el ocio como una forma de idolatría” .
- “El dinero es una de las imágenes más comunes ante las cuales la gente se inclina hoy en día. Y se inclinan comprometiendo su integridad y honestidad en sus tratos con los demás a fin de obtenerlo. Al inclinarse o rebajarse, rebajan también sus principios”.
- “Muchas veces las personas hacen del *hombre* su imagen. Por el temor a las opiniones de los demás, no servimos a nuestros semejantes ni somos bondadosos con aquellos a quienes la sociedad menosprecia. Adoramos la alabanza y los elogios

de otras personas; por encima de todo, deseamos el prestigio que los demás puedan darnos; queremos obtener títulos y premios que nos den renombre; queremos ponernos ropa de última moda. Queremos ser populares".



Varios de los que respondieron opinaban que el hincapié que hace la sociedad en la apariencia personal puede conducir a una forma de idolatría. En tanto que un cuerpo limpio y saludable es importante, hay algunos que se van a los extremos para imitar a los hermosos hombres y mujeres que sonríen en las páginas publicitarias de las revistas y los periódicos, y en la televisión. A menudo nuestra sociedad equipara la felicidad individual con su definición de la belleza personal; y al tratar en vano de imitar esas imágenes falsas, muchas personas están en un estado de constante descontento.

Uno de mis alumnos contó el siguiente relato:

"Acababa de mudarme lejos de mi escuela secundaria, donde había tenido participación en todo. En la escuela nueva me sentía una 'nada. No conocía a nadie ni nadie me conocía a mí, y deseaba desesperadamente formar parte de todos.

"Al observar al grupo popular, noté que las chicas que recibían atención eran delgadas y bonitas. Más aún, en las cubiertas de las revistas, en los carteles al aire libre y en la televisión aparecían jovencitas esbeltas. Observé mi cuerpo y me di cuenta de que no era como el de ellas; llegué a la conclusión de que la única manera de recuperar la popularidad que había perdido al mudarme era adelgazar. Así que empecé a hacer dieta.

"Tenía la intención de rebajar sólo unos kilos, pero leí en una revista un artículo en el que varios hombres hablaban de las características que buscaban en la mujer. El más apuesto de ellos decía: 'Una muchacha no puede ser nunca demasiado delgada. Deduje que para que el muchacho en el que yo estaba interesada se interesara en mí, tendría que ser más delgada. Todavía no me había relacionado con el grupo popular ni conocía a mucha gente. Para mí, era obvio que todavía no había adelgazado bastante.

"Continué con la dieta y el ejercicio, pero aun así no conseguí la aceptación que deseaba. Al fin, después de cinco meses de hambre y depresión, me internaron en el hospital; pesaba sólo cuarenta kilos.

"Me engañé. El ser delgada no trae la felicidad. Ahora me doy cuenta de que la felicidad va pareja con el progreso espiritual y proviene del interior de sí mismo. Cuando el centro de la vida se limita a la popularidad mundana, es difícil progresar espiritualmente. He aprendido que la verdadera felicidad sólo se obtiene esforzándose por complacer al Señor".

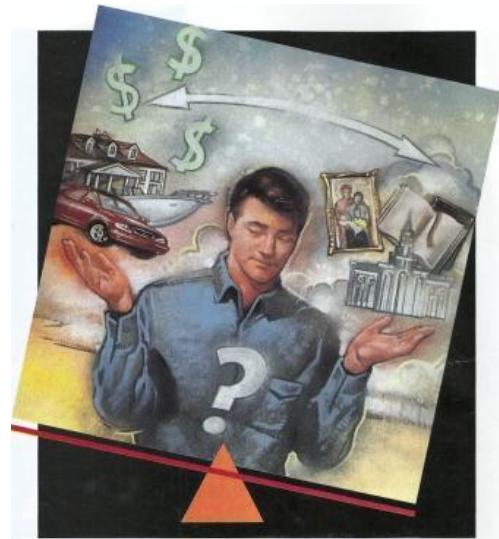
Otro becerro de oro de nuestros días se talla cuando los miembros de la Iglesia siguen un consejo contrario al de sus líderes. El Señor dijo de Almon Babbitt: "...hay muchas cosas que no me complacen; he aquí, ambiciona imponer su propio criterio en lugar del consejo que yo he ordenado, sí, el de la Presidencia de mi iglesia; y levanta un becerro de oro para que mi pueblo lo adore" (D. y C. 124:84).

El seguir un consejo que se desvía del de nuestros Profetas y Apóstoles es como adorar un becerro de oro. Lo mismo que no hay vida en una imagen, tampoco hay poder salvador fuera de la verdad que Dios imparte por medio de Sus Profetas. El apóstol Juan nos enseñó una manera de discernir esos ídolos: "Nosotros [los Apóstoles] somos de Dios; el que conoce a Dios, nos oye; el que no es de Dios, no nos oye. En esto conocemos el espíritu de verdad y el espíritu de error" (1 Juan 4:6).

LAS CONSECUENCIAS DE LA ADORACIÓN DE IMÁGENES

En la antigüedad, había graves consecuencias por adorar ídolos: Las ciudades de los idólatras se destruían, sus tierras quedaban desoladas y se dispersaba al pueblo (véase Levítico 26:30-33). Se advirtió a Israel que las imágenes "vanidad son" porque "mentirosa es su obra... y no hay espíritu en ella" (véase Jeremías 10:14-15). La adoración de imágenes divide el corazón (véase Oseas 10:2) y corrompe a los que las adoran (véase Deuteronomio 4:16). Isaías las llamó "viento y vanidad" (Isaías 41:29).

La adoración de imágenes sigue dando como resultado vanidad y confusión, corrupción y un corazón dividido. Puesto que las posesiones materiales no pueden salvarnos, el confiar en ellas terminará por apartarnos de Dios y de Su reino. Los relatos siguientes, de la vida real, ilustran las consecuencias de poner las cosas mundanas por encima de Dios en nuestra vida:



- "Mi amigo, que tenía grandes habilidades de vendedor, empezó a hacer ventas los domingos. A medida que fue obteniendo mayor éxito en los negocios, fue perdiendo su testimonio, y ahora menosprecia las 'tontas' tradiciones religiosas. Esa actitud ha afectado a todos los de su familia; no son felices, pero sí tienen bastante dinero. Adoró las riquezas, que ahora son una maldición para él".
- "Un muchacho al que conozco ha dedicado su vida a desarrollar los músculos y tiene ahora una musculatura impresionante. Pero no cumplió una misión porque temía echarse a perder el físico" .
- "Durante su adolescencia, una mujer dio más importancia al alcohol y a las drogas que al Señor; más tarde, su obsesión con ellos le arruinó el matrimonio y se transmitió a sus hijos. Con el tiempo, se dio cuenta de que necesitaba cambiar, volvió a la Iglesia y después entró al templo. Pero el daño ya se había hecho: su adoración de imágenes se refleja en la manera de vivir de sus hijos".

CÓMO PROTEGERNOS DE LA IDOLATRÍA

La clave para contrarrestar la influencia de las imágenes es concentrar el corazón en Dios. Si lo hacemos, viviremos en armonía con los verdaderos propósitos de la vida.

Cuando era muy joven, si no estaba haciendo “suri” [tabla acuática], estaba pensando en ello. Años más tarde, después de haberme convertido a la Iglesia y cumplido una misión, de haberme casado en el templo y de tener tres hijos, acepté un empleo de profesor de la Universidad Brigham Young en Hawai. Allí volví a sentir la atracción del océano y tuve que enfrentar el problema de limitar el tiempo que pasaba en el agua. Me resultaba fácil “adorar” el océano, las olas y la sensación de libertad que tenía haciendo “surf”. Sin embargo, pronto me di cuenta de que me era preciso cambiar el orden de prioridad de mi vida, e hice las adaptaciones necesarias para que el “surf” tomara su lugar apropiado como pasatiempo agradable y buen ejercicio físico.

En casos como ése, no es precisamente la actividad lo que resulta perjudicial, sino el equilibrio que debe dársele. Esas son bendiciones de las que podemos disfrutar, pero cuando nuestra participación en ellas cae en lo excesivo, nosotros caemos en el pecado. Si por idolatrar una actividad nos volvemos menos “valientes en el testimonio de Jesús” (D. y C. 76:79), habremos violado el segundo mandamiento.

Debemos también evitar la tentación de procurar concentrarnos al mismo tiempo en Dios y en las imágenes mundanas. Es imposible “servir a Dios y a las riquezas” por igual (Mateo 6:24). Abraham es un ejemplo excelente de alguien que, aunque bendecido con riquezas materiales, puso sus dones en la perspectiva adecuada. Y pudo hacerlo porque entregó por completo el corazón a Jehová.

Su padre, Taré, era idólatra. Pero a pesar de esos antecedentes, Abraham deseaba “mayor felicidad, paz y reposo” y buscó “las bendiciones de los padres” (Abraham 1:2); sus deseos justos le permitieron volver la espalda a la idolatría. Y por haber abrazado de corazón el Evangelio, le fue posible recibir las bendiciones más grandes del sacerdocio.

La historia de la mujer de Lot ofrece un sombrío contraste; mientras que los pies la llevaban lejos de Sodoma y Gomorra, su corazón permanecía apegado a las imágenes que había dejado allá. Al mirar atrás, lo perdió todo (véase Génesis 19:1-26). En una oportunidad, Jesús dijo a uno de Sus discípulos:

“...Ninguno que poniendo su mano en el arado *mira hacia atrás*, es apto para el reino de Dios” (Lucas 9:62; cursiva agregada).

No podemos servir a Dios y a las imágenes al mismo tiempo. Santiago describió con estas palabras el resultado cuando se trata de hacerlo: “El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos” (Santiago 1:8). El abrazar el Evangelio exige unidad de propósito; quiere decir que al tratar de acercarnos al árbol de la vida, no haremos secretamente una reserva en el edificio grande y espacioso que está del otro lado (véase 1 Nefi 8, 11).

Satanás quiere hacernos creer que el éxito consiste en tener muchas posesiones materiales; nos insinúa que el valor de nuestra vida depende de la cantidad de imágenes que adquiramos; también es el originador de la creencia que promulgaba Nehor de que “todo el género humano se salvar[á] en el postrer día” (Alma 1:4), y de la enseñanza: “Comed, bebed y divertios, porque mañana moriremos; y nos irá bien” (2 Nefi 28:7). Estas creencias no son más que la idolatría disfrazada. Las consecuencias sobrevienen siempre, y son graves. La adoración de ídolos gratifica los deseos inmediatos y priva a la gente de buscar las riquezas de la eternidad; además, hace que nuestra mente se aparte de Dios.

Por lo tanto, para combatir la idolatría, es preciso que nos concentremos en todo lo que nos haga recordar al Señor. Brigham Young ofreció una solución:

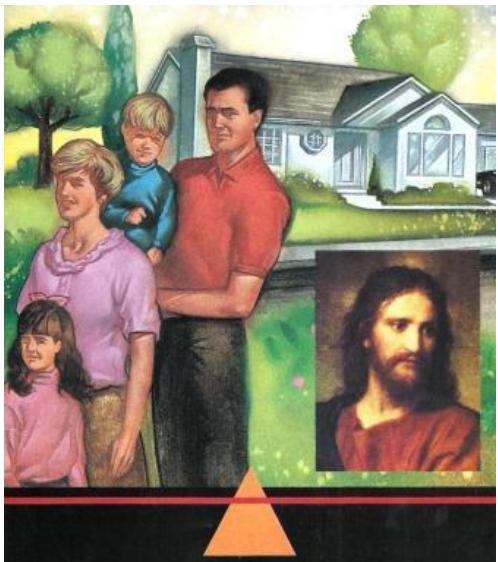
“Tenemos la necesidad de congregarnos aquí todos los días de reposo y, en reuniones de barrio... enseñar, hablar, orar, cantar y exhortar. ¿Para qué? Para continuar recordando a nuestro Dios y nuestra sagrada religión. ¿Es necesaria esta costumbre? Sí, porque somos tan propensos a olvidar, tan expuestos a extraviarnos, que es menester que el Evangelio se nos repita una, dos o tres veces por semana, no sea que nos volvamos a las cosas del mundo”³.

Al reunimos “a menudo”, nos concentraremos en las imágenes positivas que nos instruyen y nos llaman la atención a los aspectos importantes de la misión de Cristo (D. y C. 20:75). Por ejemplo, el recordar que Jesús “es la roca de [nuestra] salvación”, el “verdadero pastor”, el “Redentor”, la “fuente de agua viva” y el “Rey de reyes” nos presenta vividas imágenes mentales de nuestra relación con Cristo (2 Nefi 9:45; Helamán 15:13; D. y C. 18:11; Jeremías 2:13; 1 Timoteo 6:14-15). Un *salvador* es el que salva; una *roca* es un objeto firme e inamovible; un *pastor* es el que cuida del rebaño. El deleitarnos con esas imágenes nos fortifica la mente para resistir a las otras que Satanás quiere que adoremos e imitemos.

La verdadera adoración anima a los hijos de Dios a tratar de emularlo. Alma preguntó a los miembros de la Iglesia de Zarahemla: “¿Habéis recibido su imagen en vuestros rostros?” (Alma 5:14). Un escritor explica que “una ‘imagen’ no es sólo una impresión visual externa sino también una representación vivida, una exposición gráfica o una semejanza absoluta de algo. Es una persona o cosa que tiene gran similitud con otra, como una copia o duplicado. Así también, la palabra *countenance* [en el versículo en inglés], que quiere decir semblante o rostro, no tiene sólo el significado de una expresión facial o de la apariencia visual; proviene de un antiguo vocablo francés que originalmente se refería a conducta o comportamiento y, al principio, se utilizaba con esa acepción. Por lo tanto, el recibir la imagen de Cristo en el semblante [“countenance”] significa adquirir una semejanza con el Salvador en la conducta, ser una copia o un reflejo de la vida del Maestro”⁴. Por eso, sin la imagen de Cristo, no estaremos entre aquellos que, cuando El aparezca, serán “semejantes a él” (1 Juan 3:2).

A Moisés parece haberle molestado que Satanás se dirigiera a él llamándolo “hijo de hombre” y le replicó: “...yo soy un hijo de Dios, a semejanza de su Unigénito”

(Moisés 1:12-13). El saber que había sido creado a la imagen de Dios lo fortaleció para resistir a las tentaciones de Lucifer. Los hijos de los hombres ceden ante las cosas del mundo; sin comprender su herencia divina, se privan de sus derechos de primogenitura para adorar las imágenes mundanas. En cambio, los hijos de Dios saben que son herederos de un futuro celestial y, por ese motivo, son capaces de visualizar las riquezas de los cielos. Esa perspectiva les ayuda a adorar solamente a Dios y a seguir Su camino.



El Señor declaró que es un “Dios... celoso” (Éxodo 20:5):[la palabra hebrea que se usa es “kanah”]. “La raíz hebrea kanah significa ‘ardor, celo, celos’... Por lo tanto, la implicación es que el Señor posee ‘sentimientos profundos y firmes’ con relación a la idolatría... La razón parece clara: El único poder para salvar de los lazos del pecado a la humanidad está en Dios. Toda adoración falsa, por lo tanto, se interpone entre el pecador y ese poder...”⁵. Por ese motivo, el Señor procuró dirigir tanto *la actitud como las acciones* del antiguo Israel.

La norma del Antiguo Testamento de no tolerar la idolatría debería ser un modelo para nosotros hoy. A los israelitas se les mandaba romper los ídolos, quemarlos, aborrecerlos y abominarlos (véase Éxodo 34:13; Deuteronomio 7:25-26). Si en un día futuro miramos atrás, hacia nuestra vida pasada, y vemos que lo que adorábamos hizo que perdiéramos las bendiciones de la exaltación, sin duda aborreceremos y abominaremos aquello que atesoramos en la vida terrenal. Cuando adoramos las cosas de este mundo, privamos a Dios de llevamos a salvo de regreso a Su presencia. Somos Su “posesión adquirida” mediante el sacrificio de Su Hijo Unigénito (Efesios 1:14; véase 1 Corintios 6:19-20; 1 Pedro 1:18-19). Moisés dijo a Israel: “...Dios te ha escogido para serle un pueblo especial” (Deuteronomio 7:6; cursiva agregada). El Señor no concederá la exaltación a aquellos que hayan seguido a dioses que no pueden salvar.

Cualquier cosa puede convertirse en un “becerro de oro”. Cuando las actividades o las bendiciones materiales adquieren tal importancia que al acercarnos a ellas nos alejamos de Dios, quebrantamos el segundo mandamiento. Entonces andamos “por [nuestro] propio camino, y en pos de la imagen de [nuestro] propio dios, cuya imagen es a semejanza del mundo y cuya substancia es la de un ídolo que se envejece y perecerá” (D. y C. 1:16; cursiva agregada). La solución consiste en volver nuestra devoción hacia Dios otra vez.

Un estudiante escribió esto:

“Recuerdo épocas de mi propia familia, cuando mi padre pasaba largas horas en la oficina y ayudaba muy poco en casa, en la crianza de los niños. Estaba bajo una gran presión, y no creo que haya llevado sus problemas al Señor como debería. En

cambio, se pasaba cada vez más tiempo tratando de ganar dinero. Parecía que hasta adoraba el dinero, dedicando todo su tiempo y sus recursos a conseguir más.

“No sé exactamente cuándo empezó a cambiar la situación, pero de pronto nuestra familia empezó a estar junta más a menudo; orábamos más todos juntos y había un ambiente mucho más feliz. No tardé mucho en darme cuenta de que mi padre se había vuelto al Señor, y, desde entonces nuestra familia ha sido bendecida”.

Al responder a esta pregunta del intérprete de la ley: “Maestro, ¿cuál es el mandamiento en la ley?”, Jesús nos dio la clave para guardar el segundo de los Diez Mandamientos: “Amarás al Señor tu Dios con *todo* tu corazón, y con *toda* tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento” (Mateo 22:36-38; cursiva agregada).

NOTAS

1. D. Kelly Ogden, *The Old Testament*, Religión 301 (manual para el alumno, estudio independiente, 1992), pág. 149.
2. El milagro del perdón, 1976, pág. 38.
3. Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Brigham Young, 1997, pág. 157.
4. Andrew C. Skinner, en *Studies in Scripture, Volume Seven, 1 Nephi to Alma 29*, editado por Kent E Jackson, 1987, pág. 301.
5. En Antiguo Testamento: Génesis—2 Samuel (Religión 301), Manual para el alumno, SEI, 1983, pág. 110.